



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



31 de agosto de 1889



Núm. 96



LA CURIOSIDAD

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

SIEMPRE se me antojó que debía ser así, pero hoy la cosa está demostrada científicamente, gracias á los humanitarios estudios y observaciones del doctor Wastgod, de Berlín.

Este señor, de cuya existencia no estaba muy segura la Europa culta, acaba de inmortalizarse cual otro Jenner descubriendo la vacuna, cual otro Parmentier importando al continente el cultivo de la patata, cual otro Edison inventando el fonógrafo, ó cual otro cualquiera de los grandes bienhechores de la humanidad, con una *Memoria* que ha publicado no há mucho, sosteniendo en ella la teoría, que algunos se atreven á calificar de *extraña* y *original* (?), de que *la clorosis y las enfermedades de los nervios que sufren muchas mujeres son debidas en gran parte al abuso del piano*.

Yo no sé para cuándo se dejan las estatuas, porque, ó el doctor Wastgod merece se le levante una en lo más alto de la Torre Eiffel, ó no hay justicia en erigirle á nadie el más sencillo pedestal.

Ese grande hombre ha puesto el dedo en la llaga, ha adivinado donde está el nudo de la cuestión social: abolid los pianos y la humanidad saldrá de su actual embrutecimiento nervioso, y desaparecerán las farmacias, y la medicina se convertirá en una simple historia natural de los microbios inofensivos.

Nuestro doctor, que se encuentra maravillosamente de acuerdo

con el ilustre *Matthews* de Erckman-Chatrion, el de los *Cuentos de las orillas del Rhin*, se expresa en estos términos:

«Es absolutamente necesario,—dice el digno profesor,—que se acabe la mala costumbre de obligar á las niñas, antes de los doce años, á que aprendan á tocar el piano.

»De cien jóvenes condenadas sin piedad al piano, noventa, por lo menos, después de largos años de ejercicios, consiguen únicamente adquirir una agilidad en los dedos que no tiene nada de común con el arte.

»Es un deber de los padres el combatir este abuso, del cual se aprovechan ciertos profesores, verdaderos azotes de la clase media.

»No es necesario ni apetecible el tener un ejército de pianistas mediocres. Tenemos necesidad, en cambio, de mujeres frescas, altas, sanas de cuerpo y alma, y aptas para ser robustas madres de familia.

»Debe prohibirse en las escuelas y en los colegios que las alumnas apartadas de las labores manuales, del dibujo, de la gimnástica, etc., bajo pretexto de anemia, hagan estudios musicales más enervantes aún.»



La curiosidad

¡Admirables palabras que consuelan de tanto como se escribe y se habla sin sustancia!

De veras siento mucho no poder hacer un viajecito á Berlín para abrazarle con la más vehemente efusión al sabio doctor Wastgod; por lo cual me limito á enviarle, desde las páginas de este periódico, el testimonio de mi más ardiente simpatía, de la simpatía sincerísima de una víctima del piano.

¡Horrorizaos! Una vez tuve que mudarme de casa por funcionar *día y noche*, sin intervalo ni descanso, *tres pianos*, en los cuales hacían su aprendizaje *doce ciegos*. ¡¡Era una *Academia musical*!!

Aun me tiemblan las carnes al recordar aquellas horas de tortura.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LOS COMETAS



Con este nombre se designan esos astros errantes que aparecen entre un rastro luminoso, considerado por el vulgo como una cabellera, cola ó barba; cuyo fenómeno no es más que una gran cantidad de eflu-

vios ó vapores más ó menos luminosos que deja en su rastro, y es lo que se considera como cola del cometa. Algunos de ellos aparecen con uno más de esos regueros.

Describen, los cometas, elipses muy excéntricas, teniendo por foco al mismísimo Sol. Como que se alejan á extraordinarias distancias, de ahí que sólo son visibles ó los descubrimos durante un corto período. Los astrónomos creen poder medir su marcha, y, por consiguiente, su reaparición y retorno; pero no con la exactitud con que se calculan los eclipses de Sol y de Luna. Tampoco es bien definida la naturaleza física de estos astros.

Como hemos apuntado ya, estos cometas se caracterizan por la cola ó cabellera de la que toman el nombre, habiendo sido Apiano el primero que observó que estaban en la parte opuesta del Sol.

En siglos anteriores, estas colas ó, mejor, regueros de una materia inflamable y luminosa, eran mirados como fenómenos espantosos que se formaban en la atmósfera, cuya aparición anunciaba el nacimiento ó muerte de algún personaje, una fiesta ó guerra, una invasión de bárbaros, una espantosa tempestad, diluvios, terremotos y toda suerte de desastres; fanática superstición que ha ido desapareciendo á medida que la ciencia ha demostrado á los hombres los secretos del mundo sideral.

Un cometa, decían los antiguos, anunció el asesinato de César, otro la abdicación de Carlos V; precediendo siempre á las variaciones y cambios de reyes, lo que dió lugar á la formación del antiguo adagio: *Nova stella, novus rex.*



Pasatiempo
Inocente

Aristóteles y sus apóstoles creían que los cometas no eran más que simples vapores elevados á la región superior de la atmósfera terrestre é inflamados por la acción ó choque de encontrados vientos. En esta apreciación no había más que un error de hombres que querían dar razón de un fenómeno sin haberlo observado suficientemente; pero lo más original era lo que querían deducir del color que despedía la inflamación de sus vapores.

Si la luz del cometa era blanquecina, creían que aquel año debía ser funesto para los que sufrían determinadas dolencias; si era rojiza, amenazaba

al género humano mortíferas calenturas; si la luz era amarillenta, peligraba la vida de algún soberano; si azul, amenazaba una espantosa sequía y la consiguiente peste y hambre; si violetácea, era signo de grandes calamidades, etcétera, etc., etc.

Los cometas, creados, según dice Newton, en el principio del mundo, como los planetas, reciben su luz del Sol, y giran en el espacio alrededor de ese gran luminar en órbitas elípticas muy excéntricas.

Su giro está determinado por dos fuerzas: la centrípeta y la de proyección. Si sólo percibiese la primera, el cometa se precipitaría en el seno del Sol.

El P. Zani dice que desde el diluvio hasta principios del siglo XVII habían aparecido 345 cometas. Es más que posible que muchos de los que se apreciaron como nuevos cometas no fuesen



El niño juicioso

más que reapariciones de otros ya conocidos.

La más duradera permanencia de los cometas en el horizonte dicen ilustres astrólogos que no ha pasado nunca de seis meses: uno en tiempo de Nerón en el año 64 de Jesucristo, otro por los años 603 en tiempos de Mahoma, y el que apareció en 1240 cuando la irrupción de Tamerlán; circunstancias fortuitas que contribuyeron á robustecer la funesta idea de la aparición de los cometas.

El primero cuyo curso haya sido descrito con exactitud astronómica fué el que apareció en 1557.

En 1680 apareció uno muy grande que por su extraordinaria proximidad á la Tierra alarmó y aterrorizó á sus habitantes. Fué visible desde 3 de noviembre al 9 de marzo.

Posteriormente han aparecido otros cometas, cuyo curso y circunstancias han servido de estudio á los modernos astrónomos.

ESTRELLA



DOS HISTORIETAS

EL PICHÓN INGRATO

Dos pichones vivían unidos por una paz octaviana en su palomar. Ora cortaban el aire con sus alas, que parecían inmóviles por su misma rapidez; ora jugueteaban volando uno cerca del otro, alejándose y persiguiéndose; después iban á buscar grano en las eras ó en los campos vecinos, ó á apagar su sed en el puro manantial que serpenteaba á través de los floridos prados. De allí volaban al blanco palomar, donde pasaban el tiempo en dulce sociedad con sus fieles compañeros. Oíase el dulce arrullo de estos dichosos pichones, y su vida trascurría placenteramente.

Uno de ellos, disgustado de los goces de una existencia tranquila, se dejó seducir por su loca ambición y el deseo de viajar, y héte ahí que abandona un día á su antiguo amigo y parte hacia levante. Pasa sobre el Mediterráneo, llega á Alejandría, y desde allí sigue su ruta atravesando tierras hasta Alepo.



El burro viejo

Al llegar á esta ciudad saluda á los pichones del país, los cuales servían de correos regulares, y envidia su felicidad. Al momento se esparce entre aquéllos el rumor de que ha llegado un extranjero que ha atravesado

países inmensos. El extranjero pichón es elevado bien pronto á la categoría de correo, y lleva todas las semanas las cartas de un bajá atadas á su patita y recorre 20 ó 30 leguas en menos de una jornada.

Orgullosa por llevar los secretos del Estado, tiene lástima de su antiguo compañero, que vive sin gloria en los agujeros de su palomar.

Pero un día que lleva una carta del bajá, sospechoso de infidelidad ante el Gran Señor, una flecha lanzada con acierto le hiere mortalmente. Cae, y, mientras le quitan las cartas para leerlas, expira lleno de dolor, lamentando su vana ambición y recordando el dulce reposo del palomar donde vivía con seguridad en compañía de su amigo.



El mosquito

LA NUBE Y LA FLOR

La llanura es árida, caluroso y sofocante el ambiente. Una sola nube, orgullosa por sus ligeros copos de plata y oro, boga sin cuidado en los aires á modo de una gran vela desplegada sobre el azul del océano.

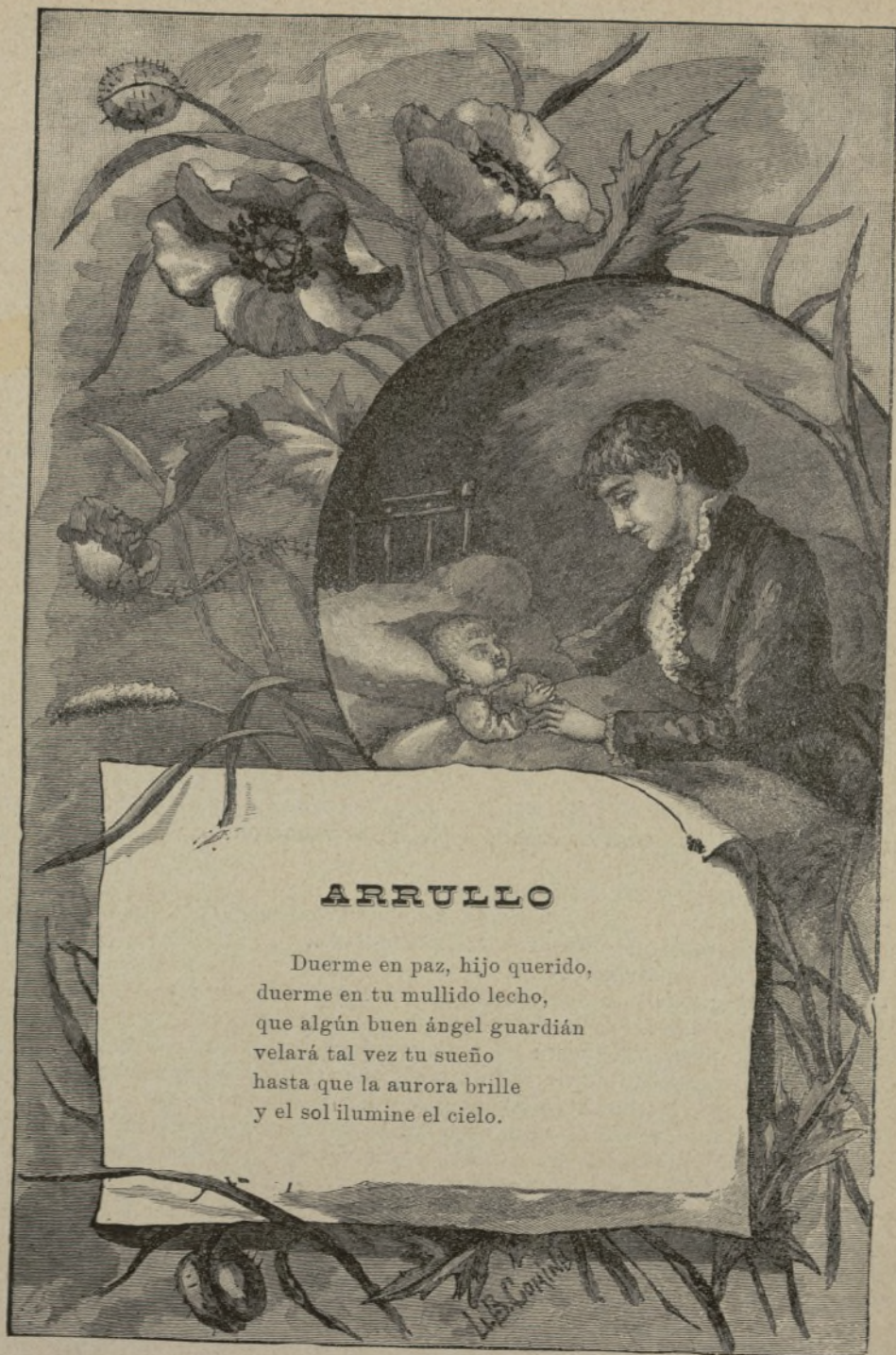
Una flor pálida, seca y espirando de sed, levantando con esfuerzo su corola suplicante, parece dirigir á la nube estas palabras:

—Gran nube, deja caer un poco de agua en mi cáliz. De esa lluvia, de la que tus entrañas están repletas, Dios me ha reservado algunas gotas: derrámalas sobre mí.

Pero la nube, orgullosa, despreciando la humilde flor y sus bellezas, se aleja apresuradamente, rehusándole hasta su sombra. En mucho tiempo no volvió á pasar otra nube, y la pobre flor pereció de sed.

Niños, no despreciéis á los demás; pues el que nos da el talento nos pedirá estrecha cuenta, y ¡ay de nosotros si no hemos hecho de él buen uso!

ARTURO CLAVERÍA Y LLOBET



ARRULLO

Duerme en paz, hijo querido,
duerme en tu mullido lecho,
que algún buen ángel guardián
velará tal vez tu sueño
hasta que la aurora brille
y el sol ilumine el cielo.

EL UNIVERSO

III

Constitución del sistema solar



Carta á la madre Naturaleza

Qué bonito y qué encantador es nuestro planeta! Su superficie es un inmenso panorama que cambia de aspecto y de belleza á cada paso, aun dentro de la misma comarca. De sus entrañas extrae el hombre útiles y preciosos minerales que luego manu-

factura y emplea en múltiples usos; en su atmósfera tienen lugar desde el drama terrible de tempestad furiosa hasta el dulce vientecillo que refresca nuestras sienes; desde el huracán potente que descuaja un parque entero hasta la menuda lluvia que fecundiza los campos. Nuestra Tierra es un mundo de maravillas, donde la cosa más insignificante y, al parecer, más despreciable, tiene, sin embargo, una historia llena de secretos. ¿Verdad, Luisito, que la Tierra es muy bonita?

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Como que era antiguamente el paseo favorito de Dios, como dice un cuento que oí este verano á un pastor cuando fui á la casa de campo á pasar las vacaciones. ¿Quieres que te lo cuente, Ramón?

—Sí, sí: me gustan mucho los cuentos.

—Pues, señor, una tarde que hacía mucho calor, salió Dios del cielo buscando un sitio fresco donde poder dormir la siesta...

—Pero ¡si Dios no duerme!

—Ya, hombre; pero esto lo dice el cuento... porque es cuento.

Anduvo de un lado á otro todo el firmamento y en ninguna parte encontró sitio á propósito para descansar: en unas estrellas hacía un frío horrible, en otras más calor que en un horno, y había algunas donde el calor era tan grande, tan grande, que las hacía arder como si fueran de estopa.

Con tanto ir y venir de estrella en estrella y de astro en astro, en vez de descansar, Dios, lo que hacía era cansarse cada vez más y sudar como si saliera de un baño; cosas que le obligaban á buscar con más empeño un refugio donde pudiera detenerse con comodidad.

Andando, andando, divisó desde muy lejos un astro que parecía muy humilde y modesto, según lo que se ocultaba á las miradas del Criador, como si temiera su venida por no poder ofrecerle un lugar cómodo y seguro, digno de tan gran personaje. Y como los humildes...—Y al llegar aquí decía el pastor:—...(y esto no es cuento, que es verdad) son siempre amados por todos, pues la humildad es gran virtud y la virtud de la humildad es la mejor grandeza (por

eso el niño debe huir siempre el orgullo y alejar de sí la vanidad)—seguía diciéndolo á los que le escuchábamos, niños todos como yo,—sintió Dios por aquel astro cierta preferencia y cariño y dirigió hacia él sus pasos. Llegó y vió que era la Tierra, de lo que se alegró mucho, pues ya tenía noticias de la hermosura de este astro por los ángeles, que, como tienen alas y vuelan mucho, venían aquí todos los días á jugar y cuidar de un jardín que poseían en cierto país.

Así que vió Dios que estaba en nuestro mundo, fué derecho al jardín de los ángeles, que era muy grande y muy hermoso y al que los alados jardineros daban el nombre de *Paraiso*. Por cuanto era la hora del riego y estaban en esta operación gran muchedumbre de ángeles, cuando vieron á Dios que lleno de fatiga se dirigía á la entrada de la finca con tardo paso, al instante dejaron las regaderas y mangas y tomaron sus instrumentos, con los que empezaron á tocar, saliendo á recibir con toda solemnidad al Rey y Señor del Universo.

Allí le prepararon un lecho, á la sombra del árbol más frondoso del jardín, bajo las anchas hojas del *árbol de la ciencia*, y se retiraron dejándole descansar.

Durmió el Criador un buen rato, y cuando despertó quedó tan complacido y satisfecho de la acogida que la Tierra le proporcionara ofreciéndole aquel asilo lleno de comodidades, donde siempre se gozaba de dulce primavera y donde reinaba la paz y la alegría jamás turbadas, que se propuso embellecerla más de lo que estaba en pago á tan buen hospedaje. Viendo Dios que la Tierra gozaba de una luz como la del alba, pálida é indecisa, quiso darle radiante lumbrera que extendiera por el mundo sus destellos, para lo cual, alzando la vista al cielo, dijo:—Aparezca brillante sol en el espacio y alumbré á la Tierra durante el día, llenándola con su resplandor.

Y al momento se vió en el cielo un gran globo, todo de fuego, que venía del oriente y se ocultaba por occidente todos los días.

Volvió Dios otra tarde á la Tierra, y preguntó á los ángeles que regaban el jardín qué tal era el sol que les había dado.—Magnífico, hermoso, como obra tuya,—le respondieron.—Pero hemos de decirte, Señor, que nos deja en profunda tristeza cuando se oculta por occidente.

—Os daré una *luna*,—les dijo,—que presida la noche, y miles de estrellas veréis aparecer en el firmamento, y la luz que recibirá la Tierra alumbrará pálida y tranquila mientras el sueño vele vuestros ojos.

La noche de aquel día vió romperse la espesura del negro manto de las tinieblas para dar paso á los rayos que enviaba á la Tierra otro sol, cuyo macilento brillo venía á destronar á la oscuridad que antes ejercía libremente su imperio sobre el mundo.

Desde entonces la Tierra gozó de la brillante luz con que por el día la regalaba el astro Sol, que en su carro de oro cruzaba el cielo y se ocultaba por



Carta á la madre Naturaleza

occidente para dejar su puesto al astro Luna, que en plateada carroza seguía por la noche el curso del primero, dando también á la Tierra su luz tranquila que invita á la meditación.

Así embelleció Dios el día y la noche de la Tierra, que por su modestia mereció del Criador esta atención y la mayor aún de ser escogida y preferida entre todos los astros para servir de recreo al Autor del Universo, que no dejaba pasar un día sin venir á pasearse por entre la faustuosa vegetación del jardín de los ángeles.

Este es el cuento que sé de boca de un viejo pastor este verano; viejo que me enseñaba por la noche los nombres de las estrellas, por las que él contaba las horas como si viera en el cielo las manecillas de un cronómetro.

—Muy bonito es el cuento, pero al fin no pasa de ser un cuento. Eso de que el Sol *anda* por el cielo montado en su carro de oro... ¡es una mentirona!

—¡Qué! ¿Negarás tú que el Sol atraviesa el cielo desde oriente, por donde se le ve salir, hasta occidente, por donde se oculta? Yo no digo que vaya en carro, á caballo ó en ferro-carril, pero que anda... Pues ¡si se ve todos los días!

—Pues como si no se viera, Luisito: los ojos de la razón ven mucho más allá que los de la cara, y



Carta á la madre Naturaleza

aquéllos nos dicen que éstos nos engañan en esta cuestión como en otras muchas.

—¡Anda, anda! Desde que estudias geografía hablas como un doctor... de esos que nadie entiende lo que dicen.

—Ya verás si me entiendes el curso que viene, cuando estudies tú esa asignatura. Entonces te dirá el catedrático que la Tierra gira en derredor de sí misma y del Sol...

—¡Eso no puede ser!

—¡Vaya si puede! Como que también lo enseña el cuento que por lo visto no concluyó de referirte el pastor. De otro modo, sabrías que, paseando Dios una tarde por la Tierra, preguntó á los ángeles del jardín si estaban satisfechos y contentos con los astros que les alumbraban.

—Son, en verdad, muy hermosos, Señor; pero ellos tienen libertad para correr por los espacios, y la Tierra está sujeta y encadenada: dejadla gozar también de la carrera de los cielos.—

—Sea,—dijo Dios. Y desde aquel momento emprendió la Tierra vertiginosa marcha por el camino que el mismo Dios le señaló á través del ancho espacio.

Así concluye el cuento del pastor, quien, por lo visto, aprendió nada más la primera parte.—

Aquí llegaban en su conversación los dos camaradas, cuando se presentó un tercero, estudiante de último año de bachillerato, á quien los dos amigos enteraron de la cuestión que estaban tratando.

—Yo digo que la Tierra no anda,—repetía Luisito.

—Y yo afirmo,—decía Ramón,—que ella es quien se mueve.

—Y ¿por qué no se lo explicas á Luisito, tú que estudias geografía?—decía el otro estudiante.

—Pues... porque no me cree. Dice que hablo como esos doctores á quienes nadie entiende...

—Explícalo tú,—decía Luisito al nuevo camarada,—y te doy palabra de no interrumpirte y de quedar convencido.

—Y yo lo mismo,—repuso Ramón.

—No creáis,—empezó diciendo el *casi* bachiller,—que es tan nueva la cuestión del movimiento de la Tierra. Más de una y más de dos veces se ha discutido ese punto por los hombres de ciencia, cuyas opiniones acerca de la constitución del mundo solar, es decir, de qué astros se mueven y cuáles están fijos, han dado lugar á diferentes *sistemas*.

—Allá en el siglo II de la Era cristiana, hacia el año 130, dióse á conocer al mundo un astrónomo egipcio llamado Claudio Ptolomeo, el cual recogió y condensó las ideas de los hombres anteriores á su época, y de sus contemporáneos, relativas á la astronomía, formando con ellas un sistema que lleva su nombre (sistema de Ptolomeo ó *geocéntrico*.)

Este sistema, que después de todo no es tal cosa, pues se reduce sencillamente á expresar los fenómenos del movimiento de los astros tal como aparecen á nuestra vista, con entera independencia de las leyes de la mecánica celeste, sostiene que la Tierra, fija é inmóvil en el centro del universo, es el astro á cuyo rededor giran los mundos, el Sol, la Luna, todos los planetas. Establecía también este sistema los *siete cielos de cristal*, por entre los cuales giraban los astros y sobre cuyos siete cielos se hallaba la mansión de la Divinidad, el *primum móvile*, residencia de los bienaventurados.

Prevaleció este sistema hasta el siglo XVI, en que Nicolás Copérnico, ilustre hijo de la ciudad de Thom y canónigo de la catedral de Brujas, dió á conocer otro sistema, fruto de continuas observaciones y largas vigiliadas empleadas en el estudio del cielo.

Pero este es un punto largo y bonito, y por tanto lo continuaremos otro día más despacio.

BRAVO

✻ NUESTROS GRABADOS ✻

LA CURIOSIDAD

Clotilde sufría continuamente percances por ser demasiado curiosa á pesar de las continuas advertencias de sus padres. Tenía el mayor afán en verlo todo de por sí y asegurarse de que las cosas eran tales como se decía.

Cierta mañana dijo á su hermanita Amalia que iba á la colmena á coger un poco de miel.

—Mira que las abejas te picarán,—repuso la niña.

—No lo sé,—contestó Clotilde;—pero pronto lo sabremos.

Y corriendo al bosque, acercóse á la colmena y la destapó. Las abejas salieron al punto furiosas, y de tal modo clavarón sus aguijones en la cara, el cuello y las manos de Clotilde, que ésta cayó al suelo gritando en fuerza del dolor. Esto le costó estar algunos días en cama; pero ya no volvió más á la colmena, si bien no por eso se curó de su curiosidad.

Otro día, inclinada sobre el brocal del pozo, que por fortuna tenía poca profundidad, empeñóse en averiguar cuál era ésta.

—Ten cuidado,—dijole su hermanita,—porque, si no, te puede ocurrir otro percance.

—No temas,—contestó Clotilde;—no se me irá el pie.

Apenas hubo dicho estas palabras, y como inclinase demasiado el cuerpo, Clotilde cayó dentro del pozo. Sin mucha dificultad púdose extraerla; pero aunque no tenía lesión alguna, estaba empapada en agua y tuvo un resfriado que la impidió salir durante ocho días.

Tampoco escarmentó Clotilde con este percance. Algunos días después su hermano Ricardo dejó la escopeta de caza en el comedor, y antes de salir recomendó mucho á Clotilde que no la tocara, advirtiéndole que estaba cargada. La niña no hizo aprecio de esta indicación, y, apenas hubo marchado el joven, cogió el arma; mas, comopasasemuch, dejóla caer en el suelo y se le disparó, con tan mala suerte, que el proyectil atravesó una pierna á la niña, derribándola en tierra sin sentido. La herida no era grave, pero Clotilde debió permanecer en cama muchos días para curarse, y después necesitó andar con muleta algún tiempo.

Este último incidente bastó para que la niña dejara de ser curiosa en lo sucesivo.

PASATIEMPO INOCENTE

Todos los juguetes de la niña Marta se reducen á un soldado de madera y un gato de cartón de esos que producen un sonido particular cuando se oprime su peana. Marta prefiere estos dos objetos á sus muñecas: se pasa las horas contemplándolos, y con frecuencia les dirige la palabra como si fueran seres animados. A esto se reduce toda su diversión cuando no sale á paseo.

EL NIÑO JUICIOSO

—Mi hermanito,—decía siempre Clotilde,—puede servir de modelo á todos los niños de su edad: no llora casi nunca ni grita, siempre tiene la sonrisa en los labios y alegre la mirada, montar á caballo en la rodilla de papá es su recreo favorito, es muy obediente y nunca molesta á nadie.

EL BURRO VIEJO

Cerca de nuestra casa elévase un vetusto castillo que muchos visitan á causa de su antigüedad, y en su jardín hay una noria cuya gran rueda pone en movimiento un burro muy viejo cuando se quiere sacar agua. El pobre animal cuenta ya treinta años, y durante todo este tiempo ha desempeñado el mismo servicio; de modo que los visitantes al castillo, y en particular los muchachos, le acarician siempre dándole alguna golosina, con tanta más razón cuanto que gracias al cuadrúpedo pueden beber el agua más pura y cristalina que se encuentra en los alrededores.

EL MOSQUITO

¿Sabéis lo que es un mosquito? Es ese diminuto insecto que tanto os molesta durante el verano, y que en algunos países cálidos se hace verdaderamente temible é insoportable. Para que comprendáis la razón de esto, debo deciros dos palabras acerca de su curiosa estructura.

El diminuto cuerpo del mosquito, largo y delgado, afecta la forma de un tubo; y cuando el insecto reposa, como lo hace algunas veces, las alas se cruzan entre sí de una manera singular. Estos órganos, vistos con el microscopio, presentan un curioso aspecto: son del todo transparentes, y tienen los bordes cubiertos de escamas; las antenas parecen sedas sumamente finas; y en cuanto á los ojos, son tan grandes que ocupan toda la cabeza. Algunos son verdes, y por el reflejo de la luz este color se cambia en rojo.

Lo que el mosquito usa para perforar la piel se llama *trompa*, y se asemeja bastante á la lanceta de un cirujano, consistiendo en un especie de tubo dividido desde una extremidad á otra para que se pueda abrir fácilmente. En el interior hay un hacecillo de aguijo-

nes que parecen agujas sumamente finas y están dobladas. Cuando el mosquito se posa en la cara ó en las manos de la persona, clava estos aguijones, que depositan en la sangre una gota de un líquido venenoso, el cual produce desagradable picor.

CARTA Á LA MADRE NATURALEZA

La niña Isabel tuvo cierto día la ocurrencia de escribir á la Naturaleza la siguiente carta:

«Querida madre: Me parece que podría V. arreglar las cosas un poco mejor, sobre todo para los niños. Teniendo en cuenta lo mucho que nos gustan toda clase de juguetes, ¿no hubiera sido mejor disponer que éstos crecieran en todos los jardines como las plantas? También deberían producirse, como las flores, los caramelos y otros confites; convendría que hubiese pequeños manantiales de limonada, y árboles cuyo fruto consistiera en jamones, chorizos, longanizas y otras cosas buenas.

»En cuanto á las estaciones del año, yo quisiera, querida madre, que los ardientes calores de julio y agosto se repartieran entre diciembre y enero, y así nos libráramos de ese frío que nos pone coloradas orejas y narices, disfrutando de una temperatura más benigna en el invierno.

»A medida que me ocurran otras innovaciones se las participará, querida madre, su buena hija

»ISABEL»

DE ESPERA

Junto á la verja de mi jardín hay un magnífico peral cargado de sabroso fruto, y todos los días me sitúo debajo del ramaje, con mi falda recogida á manera de delantal, esperando que caiga alguna perita madura; pero pasan días y más días y no lo consigo. ¿Habré de aguardar mucho para ver realizado mi deseo?



MUFLÚ

NOVELA

Los amos de *Muflú* eran unos muchachos y unas niñas. Toda aquella gente eran muy pobres y estaban muy alegres. Vivían en una casa vieja, toda negra y desmantelada. Hacía cinco años que habían perdido á su padre. No tenían en el mundo sino á su madre para quererlos. Tasso, el mayorazgo de la familia, tenía cerca de veinte años; y era tan dulce, tan bueno, tan trabajador, tan alegre y tan amable, que todos los otros le adoraban. Tasso era mozo jardinero. Pero por más que Tasso fuese el mayor, por más que fuese el ganapán de la familia, no era tan absolutamente dueño de *Muflú* como Romolino. Rómolo tenía diez años y estaba impedido. Rómolo, más conocido generalmente con el nombre de Lolo, era quien había enseñado á *Muflú* todo lo que sabía; y la sabía muy larga *Muflú*, porque jamás un ser más inteligente que *Muflú* ha andado en cuatro patas.



Y, ante todo, ¿por qué le llamaban *Muflú*?

Pues porque cuando el soldado piamontés que regresaba á su país les dió á los niños el perro de aguas, el pobrecillo era una tierna criatura de un año, blanco como la nieve y todo rizado. La madre de los niños, que había nacido



De espera

en Córcega, les había dicho que se parecía á un *mouflon*, que es el nombre que dan á los carneros en aquel país. El perro de aguas había seguido quedando blanco y rizado, pero se había hecho el más hermoso y gordo perro de aguas de toda la ciudad de Florencia. De *mouflon* los niños habían hecho *Muflú*, y este nombre le quedó. Se encontrará tal vez que era un nombre bien estrafalario, pero se arregló como pudo con él, y los niños también; por manera que se llamaba *Muflú*.

Habitaban un viejo barrio de Florencia, en aquel entrevaramiento pin toresco de casas en zigzag que rodean la grande iglesia de Or San Michele. Allí se creería uno en Venecia, mejor que no en Toscana, á causa de la mezcla y de la variedad de los colores, del encanto, de la solidez de las construcciones, de la algarabía popular y de la majestad de la arquitectura. Las casas son allí muy altas y muy viejas: las intemperies de las estaciones les han dado unas tintas deliciosas. Es un verdadero placer ver el pavimento obstruido por el desembalaje de los faquines, por los tendes-

retos al aire libre y por toda suerte de pequeños comercios que se practican en pleno ambiente.

Allí es donde vivía *Muflú*, en aquella gran casa que veis desde aquí, con un cordero de hierro forjado encima de la puerta. Esta muestra significaba que la gran casa había servido en otro tiempo de depósito á la antigua corporación del Arte de la Lana.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinax: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA